

**Eduard Soler i Lecha**

## **El proceso de Barcelona y la política mediterránea española: cambio y continuidad**

### **Introducción**

Esta contribución analiza la política mediterránea de España desde 1995 hasta 2006, poniendo especial énfasis en los cambios y continuidades de la misma y observando en qué medida ha habido consenso entre las dos principales fuerzas políticas sobre esta cuestión o si, por el contrario, se han engarzado en una lucha partidista. Este recorrido nos llevará a seguir las grandes líneas de la política mediterránea de tres gobiernos diferentes: el último año del gobierno de Felipe González, los de José María Aznar (1996-2004) y los tres primeros años de Rodríguez Zapatero.

El texto se divide en dos partes. Primero analiza el activismo de los gobiernos españoles en las iniciativas multilaterales, principalmente en el partenariado euromediterráneo (PEM) recalcando tres momentos clave: la primera conferencia euromediterránea de Barcelona (1995), la conferencia euromediterránea de Valencia (2002) y la cumbre euromediterránea celebrada en la capital catalana en 2005 y que también recibió el nombre de “Barcelona + 10”. Observaremos que la dimensión multilateral de la política mediterránea de España se caracteriza por una razonable continuidad entre los gobiernos socialistas y conservadores, es decir, que en contraste con otras áreas de la política exterior española, se ha dado un bajo nivel de politización. No obstante, también pondremos de manifiesto que se intuye un cambio de tendencia puesto que durante la cumbre “Barcelona + 10” el Partido Popular, desde la oposición, se recreó en los puntos débiles de este acontecimiento para erosionar al gobierno socialista.

La segunda parte se concentra en la dimensión bilateral. Atención particular dedicaremos a la política marroquí de España, una de las prioridades más importantes y más polémicas de la política exterior

española. En este caso señalaremos que hay sensibles divergencias entre la aproximación de Aznar y de Zapatero a esta cuestión. Así lo demuestra que mientras que en 2002 Madrid y Rabat estaban al borde de un conflicto armado, en 2005 ambos países han podido reconstruir una fértil cooperación bilateral y un diálogo político reforzado en cuestiones bilaterales y también en aspectos de la agenda multilateral. Finalmente, esta contribución aportará algunas reflexiones acerca de la transformación operada en las relaciones con Argelia, así como el papel desarrollado por España en el proceso de paz en Oriente Medio.

### **Dimensiones multilaterales**

Se ha descrito la política exterior española del período democrático como un triángulo cuyo vértice superior es la política hacia Europa, siendo los otros dos la política mediterránea y la latinoamericana. Ambas prioridades son importantes pero subordinadas a la primera: la europea. En el marco mediterráneo una cuestión central en la estrategia española ha sido solicitar e impulsar una implicación de mayor calado de la UE en la región así como incentivar procesos de construcción regional en esta área. En este sentido, el gobierno de Felipe González participó activamente en el lanzamiento de marcos multilaterales de cooperación como el grupo 5+5 (Mediterráneo Occidental), colaboró con otros países europeos para generar nuevas iniciativas como la Hispano-Italiana de crear una Conferencia de Seguridad y de Cooperación en el Mediterráneo. Además, la diplomacia española, así como los Comisarios españoles Abel Matutes y Manuel Marín, tuvieron un papel sensible en la consolidación de la política mediterránea de la UE.

Durante la presidencia española de la UE de 1995, España sobresalió como uno de los principales actores, junto con Francia, la Comisión y en menor medida Italia, en el lanzamiento del PEM que tuvo lugar en Barcelona en noviembre de 1995. Esta primera conferencia euromediterránea culminó los esfuerzos llevados a cabo por la diplomacia española desde la restauración de la democracia para pasar de una política de “amistad tradicional hacia los países árabes”, llena de retórica pero vacía de contenido, a una política mediterránea global que vinculase los intereses españoles a los desafíos globales de la Europa meridional y al resto de la región mediterránea.

A pesar de algunos éxitos del gobierno de González en la política exterior, este gobierno sufrió un serio deterioro de popularidad debido a cuestiones de política doméstica (principalmente escándalos de corrupción). Así pues, en las elecciones de 1996 el Partido Popular obtuvo una victoria moderada que le permitió gobernar en minoría. En ese momento, algunos se preguntaron si el protagonismo de España en el Mediterráneo perduraría tras la derrota electoral de González (Gillespie 1997: 34). A pesar de los temores iniciales, podemos hablar de una continuidad razonable con las grandes líneas de la política mediterránea, una continuidad algo inesperada (Hernando de Larramendi 1997).

A ello contribuyó que se nombrara ministro de Asuntos Exteriores a Abel Matutes, una personalidad sensible a la política mediterránea y con un buen conocimiento de esta área. Hubo, no obstante, cambios menos positivos. El más significativo fue la reforma de la estructura del ministerio, concretamente con la fusión de las unidades encargadas de la Cooperación con el Norte de África y Oriente Medio con los de Asia y de África, diluyendo en la personalidad del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (ICMA) que se convirtió en el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, el Mediterráneo y los Países en Desarrollo (ICMAMPD). Podría interpretarse, pues, que el Mediterráneo retrocedió entre las prioridades de la cooperación española. Junto a este cambio de organigrama, el hecho que el gobierno reforzara otras prioridades (particularmente América Latina) así como la desilusión que se vivía respecto al PEM tras el fiasco de la segunda conferencia euromediterránea de Malta, no favoreció un mayor activismo español en la región.

En 2000 el Partido Popular ganó de nuevo las elecciones, en esa ocasión con mayoría absoluta, y se nombró a Josep Piqué como ministro de Asuntos Exteriores. En relación a la política euromediterránea, el desafío principal era obtener un éxito en la conferencia euromediterránea de Valencia en abril de 2002, que se celebró en un momento dramático debido al conflicto en Oriente Medio y la tensión causada por los planes anglo-estadounidenses de invadir Irak. Sin embargo, la Presidencia abordó la conferencia de Valencia como una de las actividades más importantes del semestre y la diplomacia española puso una determinación considerable en relanzar un proceso sumido en el pesimismo.

En esta conferencia se pudo acordar un Plan de Acción que, entre otros elementos, sugirió la creación de una Asamblea Parlamentaria

Euromediterránea (APEM) y de una Fundación Euromediterránea para el Diálogo entre las Civilizaciones. Estas nuevas instituciones, junto con el plan fallido de crear un banco euromediterráneo de desarrollo, tenían la misma meta: crear una dinámica autosuficiente para que el proceso euromediterráneo no dependiera del impulso de una u otra presidencia. Tomando el contexto adverso en consideración y comparando los resultados de la Conferencia de Valencia con conferencias anteriores, podemos decir que la imagen de España como país comprometido con el proceso euromediterráneo se reforzó. A ello contribuyó la voluntad política del ejecutivo conservador pero, sobre todo, el esfuerzo del personal diplomático (Soler i Lecha/Mestres 2003).

En marzo de 2004 se celebraron elecciones legislativas. Sólo tres días después de los ataques terroristas de Madrid y tras durísimas críticas y movilizaciones contra la gestión de la información relativa a la autoría de estos atentados, el Partido Socialista consiguió sobrepasar al Partido Popular y gobernar en minoría. Tan pronto como fue elegido, el gobierno español liderado por el presidente Zapatero expresó su voluntad de organizar una conferencia euromediterránea al más alto nivel que coincidiera con su décimo aniversario. Distintos factores explican esta determinación. Por un lado, la voluntad de mantener una continuidad con las grandes líneas de la diplomacia española: ya hemos visto que el Mediterráneo es una de las prioridades básicas de la política exterior española. Por otro lado, la victoria del Partido Socialista hizo posible la llegada a puestos de responsabilidad de personas que habían ejercido una notable influencia en el lanzamiento, en 1995, del PEM. De hecho, hay una notable continuidad entre el equipo que se ocupó de la política mediterránea de España en 1995 y la que se hizo cargo en 2005. El más prominente es Miguel Ángel Moratinos, ministro de Asuntos Exteriores y que en 1995 fue el Director General para África y el Oriente Medio. Este colectivo, además de compartir un deseo común de reforzar el acento mediterráneo en la política exterior española, tenía un fuerte sentimiento de “apropiación” (*ownership*) del PEM y, por consiguiente, se empeñaron en asegurar su supervivencia.

La celebración de la cumbre Barcelona + 10 era, también, un compromiso del Partido Socialista. De hecho aparece en el programa electoral de este partido para las elecciones de 2004 y, además, quien redactó esta sección fue el propio Miguel Ángel Moratinos (Barbé/Soler i Lecha 2005). Además, durante la campaña electoral, Moratinos dio una

conferencia en Madrid y adquirió personalmente este compromiso insistiendo en el hecho de que “el Mediterráneo tiene que recuperar su centralidad histórica y las esperanzas puestas en la conferencia de Barcelona”.<sup>1</sup>

Durante la segunda mitad de 2004, los diplomáticos españoles tuvieron que persuadir a sus homónimos europeos y mediterráneos para que apoyaran la propuesta española de acoger esta cumbre Euro-Mediterránea. Era especialmente necesario convencer a los países europeos y, sobre todo, a sus colegas británicos ya que en noviembre de 2005 la Presidencia estaría ocupada por el Reino Unido y se les tenía que persuadir para que aceptaran que esta cita se celebrara en una ciudad española. Zapatero abordó esta misión durante sus contactos con otros líderes de la UE, por ejemplo durante la reunión trilateral que mantuvo con Chirac y Schröder en Madrid en septiembre de 2004. En esa reunión, Zapatero obtuvo el respaldo de ambos líderes para organizar la cumbre en Barcelona.<sup>2</sup> Estos esfuerzos dieron sus frutos en la reunión ministerial euromediterránea de La Haya en la que se aprobó la celebración de la cumbre y se declaró 2005 el “año del Mediterráneo”.<sup>3</sup>

Con todo, España, junto con la presidencia británica y la Comisión Europea, se convirtió en uno de los principales actores en la preparación y desarrollo de la cumbre euromediterránea de Barcelona. ¿Qué era lo que esperaba el gobierno español de esta cumbre? Por un lado, esperaba dar un nuevo ímpetu al PEM para mantener vivo un proceso del cual sentía cierta responsabilidad. Por otra parte, Zapatero buscaba un éxito visible e indiscutible en su política exterior aunque sólo fuera para silenciar las críticas de la oposición conservadora. En este sentido el gobierno deseaba, cuanto menos, una imagen de unidad de todos (o la inmensa mayoría) los jefes de Estado de los treinta y cinco socios. Ello daría más visibilidad al PEM y sería un buen ejemplo de la influencia española en la política mediterránea de la UE. A nivel de resultados también se esperaba conseguir un buen documento, adoptar

---

<sup>1</sup> Moratinos, Miguel Ángel: “Una nueva política exterior para España”. *Análisis del Real Instituto Elcano*, nº 37. Madrid, 2004.

<sup>2</sup> “Zapatero, Chirac y Schröder acuerdan estrechar su cooperación para impulsar la UE”, en: *El País*, 14/09/2004.

<sup>3</sup> *Presidency Conclusions for the Euro-Mediterranean Meeting of Ministers of Foreign Affairs*. La Haya, 29-30 de noviembre 2004.

do por todos los socios, que evidenciase el compromiso con el mantenimiento del PEM.

Al hacer balance de los resultados de la cumbre situaríamos en la cuenta de los aspectos positivos, el hecho de que los jefes de Estado y de gobierno de casi todos los países de la UE acudieran a la reunión. Esto es significativo ya que los países mediterráneos de la UE meridional se han lamentado a menudo de la falta de interés de algunos de los estados del norte y del este de la UE en relación al Proceso de Barcelona. Por el contrario, cabe lamentar que casi todos los socios mediterráneos meridionales enviasen a representantes de segunda fila (con la excepción de Turquía y la Autoridad Nacional Palestina). Algunos medios de comunicación españoles y extranjeros, vieron en la ausencia de la mayoría de cabezas de Estado árabes un boicot de la cumbre.<sup>4</sup>

En cuanto a los textos adoptados, podría argumentarse que estamos ante lo que ha venido en llamarse un desequilibrio entre las expectativas generadas y las capacidades reales por llevarlo a cabo, algo que suele suceder en otras facetas de la política exterior europea. El gobierno español y otros actores públicos y privados generaron unas expectativas desproporcionadas con respecto a los resultados de la cumbre, se sobrestimó a la UE, y con él las capacidades de la PEM. Sin embargo, es necesario contrastar los resultados de la cumbre de Barcelona con otras cumbres que la UE ha convocado en los últimos años.

Así, aunque es cierto que el programa de acción quinquenal y el código de conducta para luchar contra el terrorismo son algo vagos, sí que incluyen algunas novedades y abren campos de trabajo prometedores.<sup>5</sup> Nos tendríamos que preguntar si se podrían esperar semejantes compromisos de una cumbre UE-África o de una cumbre UE-América Latina. La respuesta es que no. El problema es que las expectativas fueron demasiado elevadas respecto a la cumbre de Barcelona y al PEM en su conjunto y es esto lo que, en buena medida, explica la frustración de la mayoría de los observadores tras la cumbre.

Con independencia de cuál sea la valoración de los aciertos y los fallos de la cumbre es interesante observar que hay un cambio signifi-

---

<sup>4</sup> “Les dirigeants arabes boycottent le sommet euromed”, en: *Le Monde*, 29/11/05.

<sup>5</sup> Ver *Five Years Work-Programme*. Bruselas, 28/11/2005, 15074/05 (Presse 327) y *Euro-Mediterranean Code of Conduct on Countering Terrorism*. Bruselas, 28/11/2005, 15075/05 (Presse 328).

cativo, en el ámbito estrictamente español, al haberse politizado este acontecimiento. El Partido Popular criticó abiertamente las deficiencias de la cumbre haciendo responsable al gobierno español. La prensa española más cercana a la oposición conservadora, como *La Razón* y *El Mundo*, fue extremadamente crítica con la diplomacia española y con Zapatero.<sup>6</sup> Esto demuestra un cambio en la tendencia de la política extranjera española, puesto que como habíamos visto la dimensión euromediterránea, hasta ese momento, había quedado al margen del proceso de ideologización que está afectando otras dimensiones de la política exterior española (Aixalà 2005).

### Dimensión bilateral

El repaso a las relaciones bilaterales de España con los países mediterráneos se inicia con un repaso a las relaciones Hispano-Marroquíes a lo largo de las últimas dos décadas. La política española hacia Marruecos es una de las prioridades más importantes y más polémicas de la política exterior española. Las relaciones con Marruecos son antiguas y a menudo controvertidas y, no sólo eso, sino que ese peso histórico sigue condicionando las relaciones actuales. El hecho más visible es el de la discusión, aún abierta, sobre la soberanía en dos ciudades norteafricanas (Ceuta y Melilla) y algunos islotes que Marruecos reclama como parte de su territorio nacional. Aunque estas disputas se remontan a épocas anteriores a la aventura colonial del siglo xx, el período del protectorado es clave para entender el mantenimiento de los estereotipos que los españoles atribuyen al marroquí y viceversa, así como las causas de otra de las cuestiones que ha envenenado las relaciones bilaterales: el Sáhara occidental.

Con voluntad de ir superando estas dificultades y, con el objetivo de evitar una escalada de tensión entre Marruecos y España, la diplomacia española consideró, ya en los años 80, que la mejor estrategia era la de tejer un tupido colchón de intereses compartidos entre los dos países. La culminación de este proyecto se produjo con la firma de un Acuerdo

---

<sup>6</sup> Algunos de los términos utilizados fueron “fiasco” para *El Mundo*, “fracaso” y “acuerdo de mínimos” para *ABC* y “naufragio” para *La Razón*.

de Amistad y de Buena Vecindad en 1991 y la institucionalización de reuniones de alto nivel. Ya entonces la oposición conservadora criticó la política marroquí del PSOE. Aznar mantuvo una posición hostil hacia Marruecos cuando él era el jefe de la oposición, criticando algunos aspectos del Acuerdo de Amistad y de Buena Vecindad atacando al gobierno de González por su tibieza en la defensa de la “hispanidad” de Ceuta y de Melilla.

Una vez que Aznar llegó al poder, suavizó su discurso, preservando la tradición de acudir a Rabat como primera visita oficial al exterior y transmitiendo así un mensaje político de continuidad. Por lo tanto, durante los primeros dos años del gobierno del PP hubo continuidad aunque con un perfil más bajo que durante el período socialista (Hernando de Larramendi, 1997). Durante los últimos años de la primera legislatura y, especialmente, a partir de la segunda legislatura (2000-2004) se rompió esta tendencia. Diversos malentendidos y temas de conflicto aparecieron desde finales de la década de los noventa: todo comenzó con la irritación española por la actitud de Marruecos en la negociación del acuerdo de pesca de UE-Marruecos del cual España era el mayor beneficiario; otros temas polémicos aparecieron luego, como por ejemplo la posición española hacia la autodeterminación del Sáhara occidental o el control ineficaz marroquí de la inmigración clandestina y del tráfico de drogas (Obiols/Solanilla 2002).

La espiral de tensión aumentó con la retirada del embajador marroquí en Madrid, Abdeslam Baraka, en octubre de 2001 llegando a su punto máximo con el conflicto del islote de Perejil/Leyla en el verano de 2002 (Mestres y Soler i Lecha 2003; Feliu, Lorenzo y Salomón 2003). Aunque al final de ese año las relaciones Hispano-Marroquíes mejoraron gradualmente, gracias, en parte, a la presión de agentes externos (los EE.UU.), el deterioro vivido durante esos años evidenció, en primer lugar, la fragilidad de la red de intereses compartidos y, en segundo lugar, la recomposición de las alianzas españolas en el Magreb, ya que el gobierno español reforzó las relaciones con Argelia simultáneamente al empeoramiento de las relaciones con Rabat.

Mención aparte merece la actitud de Francia en esta crisis. El Mediterráneo y especialmente el Magreb había sido tradicionalmente una zona en competencia entre España y Francia ya que ambos intentaban presentarse como los interlocutores privilegiados del Magreb en el seno de la UE. No obstante, esta competencia nunca había llegado a cotas



tan altas como la que se produjo en el año 2002, algo que debe enmarcarse en unas relaciones entre el Elíseo y la Moncloa más tensas de lo habitual en campos bien diversos. Esta tensión tuvo efectos en la política norteafricana de ambos países, traducéndose en una escasa coordinación de sus diplomacias. Un buen ejemplo sucedió durante el Consejo Europeo de Sevilla de junio de 2002, en donde Francia rechazó una oferta española sobre la lucha contra la inmigración clandestina que quería castigar a Marruecos. No obstante, mucho más crítica fue la actuación francesa durante la crisis de Perejil, impidiendo que la UE apoyara a España en el conflicto (Monar 2002).

La oposición socialista, y también otros partidos políticos y algunos agentes de la sociedad civil española, criticaron la gestión de la crisis por parte del gobierno español y, en términos generales, cómo había desarrollado sus relaciones con Marruecos. De hecho, en su programa electoral el PSOE defendió que se debía recuperar la normalidad, intentando evitar los sobresaltos causados por declaraciones y decisiones injustificadas e injustificables.

No sorprende, pues, que una vez elegido, el nuevo gobierno socialista expresase su deseo de restaurar las buenas relaciones con Rabat. En el trasfondo de esta nueva orientación diplomática, yacía la premisa de que es imposible alcanzar una solución a largo plazo a los problemas compartidos, tales como el terrorismo de inspiración religiosa, las migraciones clandestinas o el tráfico de drogas, sin una relación de confianza con las autoridades marroquíes. Aunque ello significase que la política tradicional de ayuda a la “causa Saharaui” tuviera que ser modificada, los intereses en juego así lo justificaban.<sup>7</sup>

Siguiendo la tradición de todos los presidentes españoles, la primera visita de Estado de Zapatero fue a Marruecos, en donde anunció la intención de su gobierno de reforzar las relaciones con este país. De hecho,

---

<sup>7</sup> Los partidos de izquierda españoles y la sociedad civil española han apoyado tradicionalmente al Frente Polisario en su justificación de celebrar un referéndum de autodeterminación basado en el censo español de 1974. Sin embargo, el gobierno de Zapatero, centrado en la recuperación de relaciones con Rabat, está disminuyendo su apoyo al Polisario y está abogando por llegar a soluciones consensuadas (es decir, la puesta en marcha de un gobierno autónomo en el Sáhara Occidental dentro del reino marroquí posponiendo así el referéndum) que pueden implicar sacrificios en alguna de las demandas del Polisario (y de sus partidarios españoles).

durante los primeros años de gobierno se emprendieron algunas iniciativas significativas. Una de ellas fue la decisión de España y Marruecos de enviar una misión militar común a Haití bajo el paraguas de la Misión de Estabilización de Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH). Este cambio en la política de España hacia Rabat fue duramente criticado por el Partido Popular así como por algunos medios conservadores. Así pues, parece complicado recuperar el consenso en estos temas, si es que llegó a existir, respecto a las relaciones con Marruecos.

Actualmente, las relaciones han recuperado la normalidad e incluso han dado saltos cualitativos respecto a situaciones pasadas. No sólo se ha entrado en una fase de excelente cooperación en asuntos bilaterales (cooperación policial, inteligencia, etc.) sino que Madrid y Rabat colaboran en cuestiones de índole multilateral. Así, es iniciativa conjunta de estos dos países (a la que más tarde se sumaría Francia) que en la cumbre euromediterránea de Barcelona se añadiera un capítulo sobre migraciones y asuntos de interior. Ambos países, de nuevo con la cooperación de Francia, se encargaron de impulsar la reunión euro-africana de Rabat sobre migraciones que tuvo lugar en julio de 2006.

Además de Marruecos, España tiene relaciones bilaterales de envergadura con otros países de la región. Sin embargo, no llegan al nivel de las que se tienen con Rabat. Entre las más importantes hallamos las relaciones hispano-argelinas que, asimismo, condicionan las relaciones con Marruecos. Hay mucho en juego en las relaciones entre España y Argelia, tal como lo demuestra la importancia de las inversiones de firmas españolas en el mercado energético argelino y la dependencia de España del gas natural argelino (Moré 2002). No obstante, a diferencia de las relaciones franco-argelinas, los contactos a nivel de sociedades no son tan densos y es que la comunidad argelina tiene unas dimensiones reducidas en España (a excepción de Alicante y de las áreas vecinas). Este punto es importante para entender que el grado de polémica y de emotividad de las relaciones hispano-argelinas dista mucho de las relaciones franco-argelinas o hispano-marroquíes.

Dentro de la evolución que han experimentado las relaciones con Argel durante las últimas décadas, es esencial analizar lo sucedido durante los gobiernos del PP. José María Aznar aprovechó el deterioro de las relaciones con Rabat para mejorar e intensificar las relaciones bilaterales con Argel. La mejor evidencia de ello fue la firma de un Acuerdo de Amistad y Buena Vecindad con Argelia de 2002 que situó

estas relaciones al mismo nivel que las de Marruecos. No sólo eso, sino que España se esforzó para conseguir un impulso en las relaciones UE-Argelia bajo su presidencia de turno de la UE (el acuerdo de asociación UE-Argelia fue firmado en Valencia).

La victoria del gobierno socialista modificó la política española hacia el Magreb puesto que el objetivo de mejorar las relaciones con Rabat necesariamente afectó las relaciones con Argelia. Aunque es voluntad declarada de Zapatero y de Moratinos que la mejora de una relación no debe ir en detrimento de la otra, Argelia ha perdido el papel de aliado privilegiado que había tenido en el año 2002. No obstante, para España sigue siendo un actor clave, no sólo por la cuestión energética sino porque España desea que el Magreb avance hacia un modelo de construcción regional y que también así se creen las condiciones para una solución duradera y aceptable por las partes del conflicto del Sáhara.

Para terminar estas pinceladas sobre la política mediterránea de los últimos gobiernos españoles, debe abordarse la posición de Madrid en el conflicto árabe-israelí. Durante la dictadura franquista e incluso durante los primeros años de la democracia, España mantuvo una posición muy sesgada sobre esta cuestión. No fue hasta 1986, coincidiendo con la adhesión a la CEE, que se establecieron relaciones diplomáticas con el Estado de Israel. A partir de esa fecha, y sin renunciar a sus amistosas relaciones con los países árabes de la región, España fue adquiriendo un papel más moderado que le permitió adquirir mayor centralidad diplomática. El esfuerzo tuvo su culminación con la organización de la Conferencia de Paz de Madrid en 1991.

En los años posteriores España no participó activamente en el proceso de paz que condujo a los acuerdos de Oslo. Durante el período de Aznar, España tampoco jugó un papel de envergadura. No obstante, sí que hubo españoles que desempeñaron un papel en el conflicto de Oriente Medio (véase Solana y Moratinos) pero no representaban al gobierno español sino a la UE.

En el año 2002 España asumió la Presidencia de la UE en un momento especialmente crítico. Desde septiembre de 2000, con el estallido de la Intifada de Al Aqsa, la región había entrado en una espiral de tensión. Además, la Presidencia española tuvo que gestionar la reacción europea a una de las mayores crisis de este período: el asedio a la iglesia de Belén. No sólo eso sino que fue bajo esta presidencia que la UE, junto a Estados Unidos, Rusia y las Naciones Unidas lanzaron en Madrid el Cuarteto que

fue el ente encargado, posteriormente, de redactar la hoja de ruta para la solución al conflicto. Así pues, fue gracias a sus responsabilidades en la UE que España recuperó cierto protagonismo en Oriente Medio.

La llegada al poder de José Luis Rodríguez Zapatero también coincidió con una fase de máxima tensión en la región. A pesar de que se había abierto un resquicio de esperanza con la victoria de Mahmud Abbas en las elecciones presidenciales y con la retirada israelí de Gaza, en el año 2006 se produjo una involución. Con la victoria de Hamas en las elecciones legislativas y la ofensiva israelí en la franja de Gaza y en el Líbano tras el secuestro de soldados israelíes, el conflicto se radicalizó. Con todo, debido a la personalidad y la experiencia del ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, España ha prestado durante los últimos años una atención, constante pero discreta, hacia Oriente Medio, tanto en las épocas en que había cierta esperanza como en las que la crisis ha sido mayor.<sup>8</sup>

Generalmente la posición española respecto al conflicto árabe-israelí no había sido motivo de disputa entre las dos grandes fuerzas políticas sino que se ha apoyado el papel constructivo de España en la resolución del conflicto. Sin embargo la posición del ejecutivo de José Luis Rodríguez Zapatero durante la crisis libanesa de verano de 2006 fue fuertemente criticada por los políticos del Partido Popular, algo que a su vez radicalizó la posición de destacados miembros del PSOE. Así pues, de seguir esta tendencia la posición española en relación al conflicto en el Próximo Oriente amenaza con sumarse a temas como Marruecos, Irak y Venezuela que son motivo de luchas políticas entre socialistas y conservadores.

## **A modo de conclusión**

Una vez analizada la evolución de la política española hacia el Mediterráneo, tanto en su dimensión bilateral como en la multilateral pode-

---

<sup>8</sup> Antes de ser designado Ministro de Asuntos Exteriores, Moratinos fue el representante especial de la UE para el conflicto en Oriente Medio a partir de 1996 a 2003 y Moratinos ha conservado estrechas relaciones personales con numerosos líderes principales de la región.

mos extraer cuatro grandes conclusiones. La primera es que el Mediterráneo ha sido, es y continuará siendo una de las prioridades principales de la política exterior española. La segunda es que la dimensión bilateral de esta política y particularmente de las relaciones con Marruecos, ha sido instrumentalizada políticamente en un grado mucho mayor que en la dimensión multilateral, es decir, que en el proceso de Barcelona. La tercera es que, modificando esta tendencia, durante el año 2005 el Partido Popular politizó los resultados de la cumbre euro-mediterránea de Barcelona; este hecho debe enmarcarse en un proceso de polarización de la política en España que está afectando los temas que anteriormente estaban consensuados, por ejemplo en lo relativo al conflicto árabe-israelí. La quinta y última conclusión es que, por razones diversas, la victoria del PSOE en las elecciones de 2004 favoreció un mayor activismo español en el Mediterráneo.

En cuanto a las perspectivas de futuro de la política mediterránea de España, todo parece indicar que seguirá manteniéndose como una de las grandes prioridades de la política exterior española, con independencia del color político del gobierno. No obstante, la recuperación del consenso es difícil aunque quizás es algo más sencillo en el ámbito multilateral, por ejemplo acordando una posición común respecto a la complementariedad entre el Proceso de Barcelona y la política europea de vecindad. Más arduo, si no imposible, será acordar entre PP y PSOE una política marroquí o incluso una posición común respecto a Oriente Medio.

## Bibliografía

- AIXALÀ, Albert (2005): "La política exterior española ante los retos de su politización", en: *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, Nº. 69, pp. 89-105.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio/BARREÑADA, Isaías (coords.) (2003): *España y la cuestión palestina*. Madrid.
- AMIRAH FENÁNDEZ, Haizam/YOUNGS, Richard (2005): "Proceso de Barcelona: Balance de una década de Asociación Euromediterránea", en: *Análisis del Real Instituto Elcano*, Nº 137.
- BARBÉ, Esther (1996): "The Barcelona Conference: Launching pad of a Process", en: *Mediterranean Politics*, Vol. 1, Nº 1, pp. 25-42.

- (1999): *La política europea de España*. Barcelona.
- BARBÉ, Esther/SOLER I LECHA, Eduard (2005): “Barcelona + 10: Spain’s Relaunch of the Euro-Mediterranean Partnership”, en: *International Spectator*, Vol. 40, Nº 2, pp. 85-98.
- FELIU, Laura (2003): “A two level game: Spain and the Promotion of Democracy and Human Rights in Morocco”, en: *Mediterranean Politics*, vol. 8, núm. 2-3, pp. 90-111.
- FELIU, Laura/LORENZO, Manuel/SALOMÓN, Mónica (2003): “La actuación española en la crisis entre España y Marruecos (2001-2003)”, en: *Agora, Revista de Ciencias Sociales*, Nº 8, pp. 39-61.
- GILLESPIE, Richard (1997): “Spanish Protagonismo and the Euro-Med Partnership Initiative”, en: Gillespie, Richard (ed.): *The Euro-Mediterranean Partnership, Political and Economical Perspectives*. London, pp. 33-48.
- (2000): *Spain and the Mediterranean. Developing a European Policy towards the South*. Basingstoke.
- HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel (1997): “La Politique Méditerranéenne du gouvernement Aznar, une continuité (in)attendue?”, en: *L’Annuaire de la Méditerranée 1997*, GERM-Publisud: Rabat-Paris, pp. 31-38.
- MONAR, Jorg (2002): “The CFSP and the Leila/Perejil Island Incident: The Nemesis of Solidarity and Leadership”, en: *European Foreign Affairs Review*, vol. 7, Nº 3, pp. 251-255.
- MORÉ, Íñigo (2002): “España profundiza su dependencia energética de Argelia”, en: *Análisis del Real Instituto Elcano*, 7/10.
- NÚÑEZ VILLAYERDE, Jesús (2001): “The Mediterranean: A Firm Priority of Spanish Foreign Policy”, en: Gillespie, Richard/Youngs, Richard: *Spain: The European and International Challenges*. London, pp. 129-147.
- OBIOLS, Raimon/SOLANILLA, Pau (2002): “Marruecos y España, Crónica de un desencuentro”, en: *Anuari Internacional CIDOB 2001*. Barcelona.
- SOLER I LECHA, Eduard/WELTNER-PUIG, Rina (2002): “Diálogo euromediterráneo: ¿una segunda oportunidad?”, en: Barbé, Esther (coord.): *España y la política exterior de la UE, entre las prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*. Quadern de Treball 40, Bellaterra, pp. 53-71.
- SOLER I LECHA, Eduard/MESTRES, Laia (2003): *Tres comicios y un islote: Europa hacia el Magreb en el año 2002*. Working Paper 50. Barcelona.
- (2006): “El Mediterráneo tras la cumbre de Barcelona. La necesidad de una voluntad política ampliada”, en: *Documentos de Trabajo Mediterráneo*, Nº 5, Barcelona: CIDOB.
- TOVÍAS, Alfred (1999): “Spain’s input in shaping the EU’s Mediterranean Policies”, en: Rein, Raanan (ed.): *Spain and the Mediterranean*. London, pp. 216-234.